JOSE AGUADO Y AMAT

¡Usted es mi padre!

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1912

¡USTED ES MI PADRE!

¡USTED ES MI PADRE!

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa

DE

JOSE AGUADO Y AMAT

Estrenado en el TEATRO ELDORADO de Barcelona, por la compañía Villagómez, el 14 de Noviembre de 1912

MADRID

R. VELASCO IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

1912

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA CLARA	Elisa Castillo.
PEPA	Pura Mareca.
PURITA	María Pelfot.
RAMÓN	José López Alonso.
ROBERTO	Gonzalo de Córdoba.
SEÑOR EULOGIO	Venancio Alonso.
TRENCILLA	Fernando Sala.

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor



ACTO UNICO

Habitación modesta. Al foro izquierda puerta de entrada que se supone da á la escalera. En la derecha una cómoda antigua con todos los cajones cerrados. En la lateral derecha balcón. En la idem izquierda un piano. En un ángulo una cama. Por la escena algún detalle indicador de que la habita un artista.

ESCENA PRIMERA

ROBERTO, sentado al piano, canta y corrige unos borradores de música.

Rob. ¡Ajajá! Quedó perfectamente. Ahora con un calderón final para que la artista dé cuantos gallos guste, no conoce este cuplé ni quien lo inventó. La verdad es que habrá compositores con más inspiración y más técnica musical, pero frescura como la mía no se encuentra en otro. Ayer he comprado veinte kilos de música vienesa; total, siete francos. Bueno, pues con unos toquecitos queda nueva y original de un servidor. Eso no está bien, pero en cambio también es más cómodo. ¡Ah! La comodidad y la alimentación son factores indispensables para crear obras bellas. De mí sé decir que en cuanto acabo de comer y me tumbo en la cama saboreando un cigarrillo, oleadas de inspiración siento que hasta mí suben .. y suben... (Prestando atención.) ¡Caracoles!... Me parece que suben... ¡No!... Nadie todavía... Estoy

viendo que de un momento á otro se presenta el portero con los dos recibos de la casa. Y yo como siempre: sin un céntimo. Y poco después, coro general de acreedores con sus cuentecitas correspondientes... ¡La eterna canción del día uno de mes! Malditos sean los unos... ¡y los otros! ¡Ea! Lo mejor será largarse de casa... ¡Tenga usté casa para esto! Para no recibir en ella más que disgustos ó algún que otro estacazo si los ingleses llegan á franquear la puerta... Decididamente lo mejor es abandonar el campo. Tengo agotados ya todos los recursos para hacer que corran las cuentas, y como no tengo recursos, hoy me toca correr á mí. Tomaré mi 40 H. P. al pasar por la portería y á vivir. ¡Todo lo demás es música! (Cantando hace mutis y cierra la puerta.)

ESCENA II

Se oye dar las nueve en un reloj. Poco después se escucha abrir la cerradura y á continuación la puerta. RAMÓN asoma la cabeza cautelosamente, observa la escena y con rapidez entra, cerrando tras sí la puerta. Este personaje viste muy decentemente y lleva bajo el brazo una cartera como las que usan los empleados de Bancos.

Ram. Nadie... Orientémonos. (Observa la habitación detalle por detalle. Llega á la cómoda, y al ver que los cajones están cerrados, muestra su satisfacción. Amenazando á la cómoda:) ¡Has caído! (Toma un gran aire de tranquilidad como si estuviera en su casa y deja la cartera y el sombrero sobre la cama.) Si yo dijera que hoy me sonríe la fortuna no diría verdad, porque lo que hace es lanzarme carcajadas sonoras. (Pausa.) La acción en un tranvía de Hortaleza. La plataforma rebosante. Yo en ella dispuesto á *trabajar* y á mi lado una señora elegantísima acompañada de su marido y timándose descaradamente con un teniente de infantería. Al ver esto me indigno y empiezo á timarle descaradamente también el bolso que llevaba al brazo; consigo cortarle los cordones y salgo de naja. Abro el bolso y... ¡todavía me parece

un sueño! Noventa y ocho pesetas entre metálico y papel. En los tiempos actuales esa cantidad no la lleva encima ni Romanones. Bueno. No divaguemos y al segundo golpe del día. Esa cómoda tan herméticamente cerrada es una verdadera ilusión. ¡A ella! (Al dirigirse hacia la cómoda se oye llamar en la puerta. Ramón se queda de piedra.)

Eul. (Dentro.) Buenos días, señorito Roberto... Soy el portero. No se haga usted el sueco como el mes pasao porque lo veo por la cerradura... (Ramón no sabe que hacer.) ¿Cómo?... ¿No franquea usted?... Pues voy á ponerme el uniforme y á tener el gusto de traer la policía y un cerrajero pa que lo conozcan á usté.

Ram. (Muy apurado.) Este bárbaro me ha estropeado la combina. Aquí no hay más remedio que escapar. (Recoge la cartera y el sombrero y al abrir la puerta se encuentra con el señor Eulogio. Ramón retrocede con rapidez sin que le vea la cara aquél y queda en escena de espaldas al señor Eulogio.)

ESCENA III

RAMÓN y el SEÑOR EULOGIO. Lleva pantalón de uniforme de guardia. Entra sin quitarse la gorra.

Eul. Santas y buenas. El hombre humano vive de añagazas, don Roberto. Lo he cogío á usté en el infraganti; y aquí estoy yo, aquí están los recibos y aquí estamos tóos.

Ram. (Aparte.) (¡Estoy perdido!)

Eul. ¿Se ha quedao usté de cartón piedra, verdá? Menos mal que tié usté su miaja de vergüenza al parecer. Pero, oiga, oiga. ¿Es que tampoco va usté á dar la cara este mes?

Ram. (Aparte.) (¡Cualquiera da la cara!)

Eul. ¡Vamos! ¡Como si lo viera! Usté se habrá dicho pa sus interiores: A estos bondadosos los obsequio con la murga del instrumento y además les pego la gorra urbana toa la vida per seculan... ¡Bueno! ¡Pues se ha hecho usté una ilusión efímera; porque desde este momento cuasi histórico, aquí se ha

terminao la murga; y aquí se ha terminao la gorra. ¡Vamos; que esto es pa usté el terminóse! Y le azvierto que me traigo el doble carázter de portero y guardia gubernativo. Y como portero lo dejo á usté en mitá del arroyo y como guardia lo recojo del arroyo y me lo llevo á la Comisaría. Y no me venga usté con novelas de costumbres, porque de usté no creo ya ni el evangelio. Que si va á venir su hermanito Luis... Que si su hermanito Luis lo pagará tóo... ¡Infundios de á real y ná más que infundios!

Ram. (Aparte.) (¡Ah! ¡Estoy salvado!)

Eul. ¡Su hermanito!... Será otro trucha como el que nos ocupa. Lo estoy viendo tan perdío y tan sirvengüenza como usté.

Ram. ¡Ea! ¡Basta ya! (Encarándose con el señor Eulogio, lo coge por las solapas y lo zarandea.) ¡Ese trucha! ¡Ese perdido! ¡Y ese sinvergüenza!... ¡Soy yo!

Eul. (Muy sorprendido y asustado.) ¿Qué es esto? ¡Pero cómo! ¿Usté es don Luis?

Ram. El mismo. Y desde este momento casi histórico, aquí se ha terminado la murga, y aquí se ha terminado la gorra. (Le quita la gorra de la cabeza.)

Eul. ¡Pero quién había de figurarse!... ¿Y ha llegao usté bueno?

Ram. Superior. A ver esos recibos.

Eul. (Dándoselos.) Dos meses á quince pesetas, treinta cabalitas.

Ram. (Dándole el dinero.) Ahí están. Y ahora, lo dicho: se acabó la murga. Conque, ¡largo!

Eul. (Aparte.) (¡Vaya un geniecito! Y decía el otro que era la simpatía por arrobas...) Ya me voy... (Aparte.) (Ya me voy á avisar que vengan los acreedores de don Roberto.) Y usté disimule, don Luis, porque todos somos erróneos en los juicios personales... Y crea usté muy de veras que retiro la trucha y que me alegro de que sea usté bienvenido.

Ram. ¡Largo! ¡Largo! (Le empuja. El señor Eulogio hace mutis y Ramón cierra la puerta con cerrojo-

ESCENA IV

RAMÓN

¡Gracias á Dios! Ha sido una solución de treinta pesetas. Vaya, trabajemos, que bien dicen los moralistas que en el trabajo se halla la recompensa. (Saca de la cartera unas ganzúas y empieza á descerrajar el primer cajón de la cómoda.) La cerradura es fuerte como un demonio... (Sigue forcejeando.) ¡Saltó! Veamos... (Examinando el interior del cajón.) ¡Ay, ay, ay!... En este cajón me parece que no hay nada. Nada que valga... Papeles... Un cepillo, otro cepillo... ¡Es curioso el dueño de este cuarto! Libros... ¡Ah! ¡Una cartera! ¡Ya está aquí! (Llaman á la puerta.) ¡Por vida de!... ¿Quién podrá ser?

Pepa (Dentro.) Abra usté, don Luis que le traigo el cesto de la ropa.

Ram. ¿Voz de mujer y trae algo? Conviene abrir. (Se guarda la cartera en el bolsillo y abre la puerta.)

ESCENA V

RAMÓN y PEPA. Es una madrileña que cuando habla no deja meter baza. Trae un cesto de ropa que ha de aparentar ser muy buena. Al final de la escena TRENCILLA.

Pepa Buenos días. (Dejando el cesto sobre una silla.) Con permiso. ¿A ver? (Examinando con descaro á Ramón.) ¡Sí que es verdá que es usté muy simpático!... Y de figura, no digamos que es usté una estatua, pero tampoco hace usté el ridículo. ¡Ay, las ganas que tenía de conocerle! ¡Claro! Como don Roberto no hacía otra cosa que nombrarle á usté... ¡Estábamos de usté hasta la coronilla! Que si mi hermano Luís es muy simpático... Que si mi hermano Luis, es muy espléndido... Que si es formal, que si es arriba, que si es abajo... (Ramón pretende interrumpirla.) Sí. Ya sé lo que estará usté pensando: ¿A qué habrá ve-

nío éste torbellino de mujer? Paciencia, señorito Luis, que yo cuando subo muchas escaleras, en un ratito no puedo hablar. Pues verá usté: Mi madre es lavandera, ¿sabe usté? y yo, que me llamo Pepa, pa servirle, plancho la ropa aunque me esté mal el decirlo. Pues que va y nos encontramos al señor Ulogio, el portero de la casa, y nos avisa de la llegada de usté. Y yo me he dicho: Vamos á conocer al señorito Luis y de paso á entregarle la ropa de su hermano.

Ram. (Examinando el cesto.) Buena ropa, ¿eh?

Pepa ¡De primera! ¡Ah! Y conste que he venío porque sabía que no estaba el otro en casa. Estando su hermanito, no se pué venir. Usté no sabe lo largas que tié las manos. ¡Ya se ve! Como es pianista... ¿Usted no las tiene tan largas, verdá?

Ram. (Aparte.) (¡Si tu supieras!)

Pepa ¿Usté toca?

Ram. No, hija. El piano no lo toco porque es mucho peso.

Pepa ¿Eh?

Ram. ¡Vamos!... Que me resulta muy pesado.

Pepa Hace usted bien. A mí los únicos que me dislocan son los de manubrio. ¡Vaya! Y no charlemos más. Todavía tengo mucho que hacer. ¡Ay! ¡Si usté supiera lo que cuesta ganarse el pan! Todo está perdido, don Luis. Y nosotras lo sabemos más. Como una va de casa en casa... y de ropa en ropa... ¡Si viera usté el interior de algunas señoritas, se quedaría usté pasmac! Eso sí. Mucho sombrero con plumas y mucho zapato á lo Luis quince y luego unos zurcidos como rejas. Vaya. Aquí tiene usté la cuentecita. Nueve pesetas. Hay algo retrasadillo, ¿sabe usté?

Ram. Sí, ya comprendo... (Aparte.) (Me parece que hago un buen negocio.) Toma dos duros y la pesetilla para tí.

Pepa Muchas gracias, don Luis. ¡Si tenía usté fama de espléndido! Y aquí tiene usté la ropa de su hermano. (Del cesto saca un pequeño envoltorio donde habrá una camiseta, unos calzoncillos y un par de calcetines; todo agujereado.)

Ram. ¿Pero qué me das aquí? ¿Y esa otra ropa? (Por la que queda en el cesto.)

Pepa Esa es la de un magistrado que vive en el veintitrés de esta calle. Ahora mismito voy á llevársela.

Ram. (Examinando lo que le ha entregado Pepa.) (¿Pero qué hago yo con estos agujeros? ¡Maldita sea!)

Tren. (Entrando en escena.) Con permiso...

Ram. ¿Eh?

Tren. (A Pepa.) Señorita... Beso á uted los pies... (A Ramón.) Caballero... Beso á usted las manos....

Pepa (Aparte.) (¡Rediez como besa este tío!) ¡Ea! Con Dios, señorito Luis. Hasta otro rato. (A Trencilla.) ¡Y no le beso á usté nada! (Hace mutis llevándose el cesto de la ropa.)

ESCENA VI

RAMÓN y TRENCILLA. Lleva un chaleco nuevo de fantasía colgado al brazo. Es un tipo un poco afeminado. Al final de la escena DOÑA CLARA y PURITA.

Ram. Puedo saber...

Tren. Agapito Trencilla, primer oficial de la acreditada sastrería: «La tijera eléctrica». Trajes hechos, á medida, uniformes y hábitos. Especialidad en la confección de niños.

Ram. ¿Y busca usted al inquilino de este cuarto?

Tren. Ha tiempo, para entregarle este chaleco fantasía y la cuenta.

Ram. Puede usted dejar el chaleco...

Tren. ¡Esa sí que es una fantasía! Usted será algún acreedor, como si lo viera.

Ram. Efectivamente, me debe también algunas pesetillas, pero como tarda me parece que voy á largarme.

Tren. Haga usted lo que guste. Yo le aguardo aquí. (Se sienta.) Mi principal díjome que eligiera un sitio para esperarle y que me quedase en el sitio hasta que retornase.

Ram. (Aparte.) (¡Esto es peor. Examinaré la cartera y como encuentre algún valor, me las najo sin esperar á más. (Examina la cartera que se

guardó anteriormente.) (La cédula, un retrato de una cupletista... y tres tarjetas.) (Furioso.) (¡Maldición! Y aquí este tío y yo sin poder abrir esos cajones donde tal vez está mi salvación... Voy á tenerme que quedar con el chalequito. Es la única manera de que se largue.) Señor de Trencilla...

Tren. Servidor. (Levantándose.)

Ram. ¿Y á cuánto asciende esa cantidad?

Tren. Precio de fábrica, caballero. Quince pesetas y vea usted que los forros valen más...

Ram. ¿De modo que si yo me quedase con el chaleco?...

Tren. Si usted se quedase con el chaleco, cuente usted con el agradecimiento de toda «La tijera eléctrica», y en particular con el de un servidor de usted.

Ram. Pues no hablemos más; aquí tiene ested los tres duros y corra á tranquilizar á su principal.

Tren. Sí, señor. Eso es lo principal y corro. (Se dirige á la puerta.)

Clara (Entrando en escena.) ¡Oh, sí! No nos han engañado.

Ram. ¿Qué es esto?

Clara (A Purita, que entra.) Pasa, hija mía.

Tren. (A Ramón.) Beso á usted las manos y muchas gracias. (Hace mutis.)

Clara (Aparte á Purita.) (Ese ya ha cobrado.)

ESCENA VII

RAMÓN, DOÑA CLARA y PURITA. La primera de mantilla; Purita con sombrero; es el tipo de cupletista

Clara ¡Ay, don Luis! No sabe usted los ganas que teníamos de echarle el guante... en el buen sentido de la palabra.

Ram. Señora...

Clara ¿A usted le extrañará, seguramente, verme por esta casa?

Ram. No. No señora. A mí no me extraña ya nada.

Clara ¡Ay, caballero! La vida es tornadiza y bien

dice el refrán que dice que todo cambea y no se puede decir de este agua no beberé.

Ram. (Aparte.) (¡Me he divertido!)

Clara Mi marido había conseguido un destino en Fomento y todos los amigos le dijeron en seguida: «Anacleto, si quieres conservarlo estírale la levita á tu jefe»; pero mi marido no llegó á estirársela, y á los quince días de haber sentado sus reales en el Ministerio nos quedamos sin los cuatro mil reales que cobraba. Para reponerle echamos mano de los empeños. No lo conseguimos; tuvimos que seguir con los empeños... y hoy esta alhaja mañana este objeto, hasta que murió mi marido, y no quedando más trastos en casa, hubo que echar mano de la niña.

Ram. ¿Cómo?

Clara La niña había mostrado siempre mucho entusiasmo por el arte y nos agarramos al arte de la niña. Celebramos consejo de familia y todos dijeron: «¡Que baile! ¡Que baile!» Pero yo opté porque se hiciera tonadillera, porque eso es de mucho más tono.

Ram. Pero á todo esto no comprendo...

Clara Ahora verá usted, don Luis. Su hermano de usted conoció á mi Pura en el Guateque Dislocante... un salón de cine y varietés. Verla y pretenderla fué todo uno, y como mi niña, aunque hija de su padre tiene un alma romántica de suyo, en cuanto supo que se llamaba Roberto y que era músico, le dió el sí!

Pur. ¡Quién había de sospechar la coda que traería aquello!

Clara A los tres meses escasos de relaciones no le volvimos á ver el pelo. Mi niña decía que eso era una fuga, pero á mí, que no entiendo de música ni una jota, me pareció una cochinada.

Ram. ¿De modo que desapareció mi hermanito?

Clara Sí, señor. Su hermanito... y un mantón de Manila que la niña sacaba al cantar el cuplé de «¡Dale de betún!... ¡Dale de betún!...» (Tarareando.)

Ram. (Con indignación cómica.) ¡Dios mío! ¡Un ladrón en mi familia!...

Pur. Pasaron unos días, y cuando yo esperaba que volvería la prenda de mi amor...

Clara Recibimos una carta suya y la papeleta de la prenda.

Pur. ¡Aquel acto mató mis ilusiones juveniles!

Clara Yo también le hubiera matado en el acto y quise recurrir á la justicia; pero me acordé de que usted estaba para llegar y pensé: Este caballero no puede dejar mal á su hermano.

Ram. ¡Claro! Como que quien me está dejando muy mal es él... (Aparte.) (¡Sin un botón!)

Clara Aquí está la papeleta. Cuarenta pesetas y tres más de intereses.

Ram. ¡Una tontería! (Aparte.) (¡Ah! ¡Si yo pudiera engatusarla!) Señora... Acaba usted de darle una puñalada al árbol genealógico de mi familia y para algo estoy yo aquí. Entrégueme esa papeleta y mañana tendrá usted el mantón en su poder, y en cuanto tenga usted el mantón... ya puede usted abrigar la esperanza de que mi hermanito, que al fin y al cabo es un ángel, volará á los brazos de la niña.

Clara Conque mañana, ¿eh? Mire usted, don Luis, A mí no me torea ya ni el *Gallo*, y como no me entregue usted ahora mismo esas cuarenta y tres pesetas, dentro de dos minutos sabrá el vecindario quién es su hermanito, quién es usted ¡y quién soy yo! (Furiosa.)

Ram. (Aparte.) (¡Esto se pone feo!)

Clara (A Purita.) Niña, prepárate para dar el escándalo.

Pur. Ya estoy, mamá.

Ram. (Aparte.) (¡Un escándalo!... ¡María Santísima!) Señora... Señorita... Cálmense ustedes... Daré esas cuarenta y tres pesetas... (Aparte.) (¡Las últimas!) No vale la pena que ustedes se molesten en dar un escándalo... (Da el dinero.)

Clara Muchas gracias, don Luis; (Muy fina.) es usted nuestra Providencia. Y no queremos cansarle más. Le dejamos solo porque tendrá usted muchas cosas que hacer... Y dispense usted, caballero. Pero, ¡ay, don Luis! usted no sabe lo que son las necesidades

de una viuda: Tener dinero y ver cómo se marcha...

Ram. Ya, ya me hago cargo.

Clara Vámonos, niña. (Medio mutis.) Le repito las gracias por todo y perdone á su hermanito; yo también le hubiera perdonado... ¡pero soy madre! ¡Ay, don Luis! ¡Ojalá no tenga usted nunca que hacer de madre! (Hace mutis con Purita.)

ESCENA ÚLTIMA

RAMÓN. Después ROBERTO.

Ram. ¡Oh! ¡Al fin! Al fin me han dejado sin un céntimo. ¡Sea usted ladrón para esto! Coja usted un bolso con noventa y ocho pesetas para pagar los ingleses de un desconocido y exponerse á que lo trinquen de un modo ridículo. ¡Vaya una finquita que me ha salido con el hermanito dichoso! ¡Ea! ¡A trabajar! Algo encontraré que me resarcirá de lo perdido. Manos á la obra. (Con las ganzúas abre el segundo cajón de la cómoda, después de algún trabajo.) ¡Ah! Ya está. (Revolviendo el interior.) Malo, malo... Un libro... dos chanclos de goma con agujeros... un frasco de colonia sin colonia... ¡nada! Vamos con el último. (Empieza á intentar abrir el último. Roberto penetra en escena cautelosamente y con gran tranquilidad queda contemplando el trabajo de Ramón.) ¡Maldita cerradura!...

Rob. No se moleste usted. (Al oirle, Ramón da un brinco del susto.) En ese cajón tampoco hay nada de particular. Borradores de música...

Ram. Caballero...

Rob. Acabo de saber los favores que me ha hecho usted durante mi ausencia y apresuradamente he venido á darle las más expresivas gracias.

Ram. ¡Pero cómo! ¿No manda usted prenderme?

Rob. ¡Cá! ¡No señor! Yo necesito que se halle usted libre para que me visite con frecuencia. ¡Puede usted salir cuando guste!

Ram. Le advierto á usted que si tomo la escalera, usted y yo no nos volveremos á ver nunca.

Rob. (Con asombro cómico.) ¿Ni á primeros de mes?

Ram. ¡Nunca!

Rob. Será un gran dolor para mí, porque usted me ha resultado mucho más que un hermano. ¡Usted es mi padre! (Intentando abrazarle.)

Ram. (En el colmo de la indignación.) ¿Yo? ¡¡Asesino!! (Sale huyendo.)

Rob. (Riendo exageradamente.) ¡Ja, ja, ja!

TELÓN RÁPIDO



Precio: UNA peseta